



Revista Conflicto Social - Año 9 N° 15 - Enero a Junio de 2016

Genocidio en Ruanda. El rol de Occidente y los medios de comunicación en la producción local de los acontecimientos y las prácticas de ocultamiento en la representación global.

Rwandan genocide. The role of the West and the media in the local production of events and practices of concealment in global representation.

Daniela Celeste Ambrosi *

Recibido: 27 de octubre de 2015

Aceptado: 8 de abril de 2016

Resumen: El presente artículo pretende problematizar el genocidio de Ruanda perpetrado hacia fines del siglo XX en el África Central desde una perspectiva antropológica socio-histórica, haciendo uso de diversas fuentes bibliográficas. En ese sentido, se focalizará en primer lugar en el análisis de la especificidad de las relaciones entre los tutsis y hutus construidas desde antes y durante la colonización europea. En segundo lugar, se pretende abordar las transformaciones políticas e implicancias en dichas relaciones a partir de la descolonización. Finalmente, se analizará la trasmisión construida, por parte de los medios masivos de comunicación locales y estadounidenses, de las masacres entre los hutus y tutsis acaecidas en 1994.

Palabras

clave: Genocidio en Ruanda; Tutsis-Hutus; medios de comunicación; Occidente.

Abstract: This article aims to problematize the Rwandan genocide perpetrated by the end of the twentieth century in Central Africa from a socio- historical anthropological perspective and using various literature sources. In that sense, it will focus primarily on the analysis of the specificity of relations between Tutsis and Hutus built before and during European colonization. Secondly, it aims to address the political transformations in these relationships and implications from decolonization. Finally, the built transmission will be analyzed by the local mass media and American media, massacres between Hutus and Tutsis that occurred in 1994.

Keywords: Genocide in Rwanda; Tutsi - Hutu; Media; West.

* Consejo de Investigaciones en Ciencia y Técnica (CONICET) / Undav - Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
Correo electrónico: celeste_ambrosi@hotmail.com



Introducción

En el largo siglo XX...

El presente artículo pretende problematizar el genocidio de Ruanda perpetrado hacia fines del siglo XX en el África Central desde una perspectiva antropológica socio-histórica, recuperando para eso el entramado holístico y relacional de las múltiples dimensiones globales y particulares implicadas en dicho acontecimiento desde un posicionamiento con énfasis en los actores partícipes y contra una visión eurocéntrica.² Si bien diversos autores coinciden en que el genocidio ruandés duró aproximadamente tres meses, la mayoría de ellos se retrotraen a años previos para comprender su emergencia, por lo cual se propone partir de una descripción del genocidio inscripto en un proceso espacio-temporal extenso,³ como una manera de desnaturalizar la construcción de dichos acontecimientos en los medios de comunicación en términos de “*conflictos tribales ancestrales*”, y de reubicar la producción local de los actos en una escala más amplia con activa participación de Occidente, sin por eso dejar de lado el contexto africano.

Haciendo uso de fuentes bibliográficas, se focalizará en primer lugar, en el análisis de especificidad de las relaciones entre los tutsis y hutus construidas desde antes y durante la colonización europea. En segundo lugar, me centraré en las transformaciones políticas e implicancias en dichas relaciones a partir de la descolonización. Finalmente, me abocaré a la trasmisión construida, por parte de los medios masivos de comunicación locales y estadounidenses, de las masacres entre los hutus y tutsis acaecidas en 1994.

²Amin, S. (1989); *El eurocentrismo. Crítica a una ideología*. México: Siglo XXI.

³Chabal, P. (2007); Las políticas de la violencia y conflicto en el África contemporánea. En *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, N° 6, Universidad Autónoma de Madrid.

Colonizaciones desde una perspectiva periférica: África en general y Ruanda en particular

La era imperial y de las catástrofes

La colonización europea en el *Viejo Continente*, consumada con el “reparto” de África en el S. XIX, fue la última en producirse respecto a los otros continentes⁴—casi al tiempo que en América Latina concluía el proceso de descolonización— con la idea de “civilizar” a los “salvajes” africanos, negándoles en consecuencia el estatus de ciudadano, aunque en muchos casos contando con su complicidad.⁵ Por aquel entonces, África ingresó en términos desiguales a la división internacional del trabajo no sólo como proveedora de materias primas —como marfil, café, diamantes— sino también de mano de obra bajo la “economía de trata”.⁶ Como lo expresa Eric Hobsbawm respecto a los países dependientes de las grandes metrópolis, se puede observar cómo

la historia del mundo no occidental durante el siglo XX está determinada por sus relaciones con los países que en el siglo XIX se habían erigido en los “señores de la raza humana”... La posición que se les reservaba en el mercado mundial era la de suministradores de productos primarios y la de destinatarios de las inversiones.⁷

Ruanda, por su parte, habitada por tutsis, hutus y twa —grupos presentes en ese país mucho antes de que llegaran los europeos—, fue colonizada hacia 1897 por Alemania hasta después de la Primera Guerra Mundial, en que pasó a ser administrada por Bélgica,⁸ de la que se independizó en 1962. Las formas

⁴Amin, S. (1972); Subdesarrollo y dependencia del África negra, los orígenes históricos y las formas contemporáneas. En Barry, B; *Le royaume du Waalo. Le Sénégal avant la conquête coloniale* (Ficha de cátedra; Historia de la colonización y de la descolonización; Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras; Buenos Aires); M'bokolo, E. (1997). La agonía de una dictadura. En Revista *Le Monde Diplomatique*. Julio de 1997. (Traducción de la cátedra de Historia de Asia y África Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras); M'bokolo, E. (2000); El África central. En M'bokolo, E. (1985). *L'Afrique au XXe. siècle*. París: Seuil (Ficha de cátedra; Historia de Asia y África Contemporáneas; Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras).

⁵Mamdani, M. (1998); *Ciudadano y súbdito. El legado del colonialismo en el África contemporánea*. México: Siglo XXI; Campos Serrano, A (2006). Política poscolonial al sur de Sahara; en Alberdi, J et al. *África en el horizonte. Introducción a la realidad socioeconómica del África Subsahariana*. Madrid: De la Catarata.

⁶Amin, S. (1972), op.cit.

⁷Hobsbawm, E. (1995); *El Siglo XX*. Barcelona: Crítica; pp. 204 y 208.

⁸Coello, I. (2002); Justicia popular en Ruanda. En Revista Papeles de Cuestiones Internacionales N° 80, pp. 105-114.





de dominación políticas, económicas y culturales implementadas oscilaron entre la imposición de gobiernos con modalidades de intervención directas e intervenciones indirectas⁹. En ese sentido, cabe destacar que la particularidad de la historia de Ruanda se inscribe en un proceso espacial y temporal mucho más amplio que incluye las colonizaciones de América, África y Asia.¹⁰

”Tribalismos” occidentales en la construcción de las relaciones políticas entre tutsis y hutus

Para hablar sobre las relaciones sociales identitarias en Ruanda diversos autores como Newbury,¹¹ M’Bokolo,¹² y Mamdani,¹³ destacan que el país está habitado por un solo pueblo, el de los *banyaruanda*, pero dividido en tres grupos: los tutsis (14%), los hutus (85%) y los twa (1%). Dichos autores además coinciden en desligar a esos grupos de connotaciones étnicas, raciales o tribales atribuidas por los gobiernos y la cosmología occidentales, para más bien situarlos en un contexto de producción de relaciones cambiantes de acuerdo a los procesos de poder estatal internos y externos intervinientes a lo largo de la historia en general y de Ruanda en particular. Contra esa perspectiva que implica apelar a una comprensión de las relaciones identitarias en un sentido sociocultural,¹⁴ el genocidio ruandés de 1994, como veremos más adelante, aparece en los medios informativos internacionales —la CNN, por ejemplo— como un conflicto “tribal” y de odios ancestrales entre facciones étnicas fundado en tiempos remotos.¹⁵ Desde esa perspectiva, no hay que dejar de lado la importancia que los nuevos medios de comunicación vienen teniendo en las últimas décadas en la construcción de la información y la formación de opiniones, dado que, como lo describe Said, los mismos *tienen el*

Newbury, C. (1995); Background del genocidio: Rwanda; en *Issue. A journal of opinión*. Vol. XXIII/2 (Traducción de cátedra; Historia de Asia y África Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras)

⁹Mamdani, M. (1998); op. cit.

¹⁰Lander, E. (2002); Saberes coloniales y eurocéntricos. En Lander, E (comp). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Clacso.

¹¹Newbury, C (1995); op.cit.

¹²M’bokolo, E (1997); op.cit.

¹³Mamdani, M (1998); op.cit.

¹⁴Cuché, D. (2007); *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

¹⁵Lemarchand, R. (1995); Ruanda, la racionalidad del genocidio. En *Issue. A journal of opinión*. Vol. XXIII/2 (Traducción de cátedra; Historia de Asia y África Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras).

poder de penetrar con mayor profundidad en una cultura “receptora” que cualquier otra manifestación anterior a la tecnología occidental. ¹⁶

A diferencia de lo anterior, diversos estudiosos como Mamdani¹⁷ y Coello,¹⁸ argumentan que las relaciones entre los tutsis y hutus no siempre fue como los medios de comunicación presuponían. Siguiendo a Campos Serrano¹⁹ también podemos pensar que la interpretación de esas emergencias violentas como “ancestrales” se debe a un déficit histórico donde los acontecimientos, en vez de suceder en un presente permanente —en que los conflictos armados se explican como una repetición de esquemas y relaciones atemporales—, son cristalizados en un pasado ahistórico, apolítico,²⁰ como si se tratara de un mito fundacional que se explica a sí mismo, desligado de los procesos cotidianos producidos por el entramado de relaciones entre actores locales y globales. Contrario a esas visiones que se retrotraen a tiempos remotos, según Mamdani²¹ esos “odios ancestrales” se configuraron con la intromisión política, económica y social de las potencias extranjeras desde que sucediera la colonización de Ruanda, dado que desde por lo menos tres siglos atrás estos dos grupos —tutsis y hutus— tenían una historia larga y amplia de concertación de matrimonios cruzados.

En esa dirección, en un comienzo fue la colonización de Alemania, que propició la dominación de la minoría tutsi sobre los hutus, otorgándoles a los primeros participación en el poder gubernamental y en la educación. Luego la potencia colonizadora fue Bélgica pero sólo hasta la década de 1950 cuando ésta vira su apoyo hacia los hutus ante la inminencia de la descolonización. Como lo expresa Mamdani,

¹⁶Said, E. (1996); *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Anagrama. p. 450.

¹⁷Mamdani, M. (1998); op.cit.

¹⁸Coello, I. (2002); op. cit.

¹⁹Campos Serrano, A. (2006); op. cit.

²⁰Chabal, P. (2007); op. cit.

²¹Mamdani, M. (1998); op. cit.





con las reformas coloniales de la década de 1920, estas identidades fueron congeladas por ley mediante el otorgamiento de un pase identitario donde cada persona era clasificada en tutsi o hutu, de modo que pasaron a estar reforzadas políticamente.²²

Desde esa lógica, tutsi quedó referenciado al poder y hutu cristalizado en la categoría de súbdito, y si bien ambos grupos estaban en la misma situación en cuanto eran sujetos colonizados, lo tutsis quedaron definidos como “*una raza*” sin derechos cívicos, mientras que los hutus fueron considerados como un grupo “*étnico*” bajo el mando de jefes tutsis,²³ ambas formas calificativas occidentales de nominar al Otro, descalificándolo al mismo tiempo.²⁴

La descolonización de Ruanda y las nuevas formas de imperialismo

La era dorada y del declive

Durante la colonización belga, los tutsis siguen con un posicionamiento que les permitía tener acceso al poder político, mientras que los hutus quedaron excluidos del mismo. Sin embargo, con el proceso de descolonización y movimientos por la independencia que se venían desplegando en Ruanda encabezado por un grupo de hutus radicales, el gobierno de Bélgica reorienta su apoyo hacia los hutus.

En un contexto más global y en sintonía con Campos Serrano, cabe destacar que en el proceso de descolonización se articularon diversos factores y actores locales e internacionales, como las transformaciones en el sistema de poder internacional que siguió a la Segunda Guerra Mundial y el surgimiento de numerosos movimientos sociales en África.²⁵ Por otro lado, en 1960 la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba la resolución 1514 que califica al colonialismo como una forma de gobierno ilegítimo y reconoce el

²²Mamdani, M. (1998); ¿Cuándo se convierte un settler en nativo? Reflejos de las raíces coloniales de la ciudadanía en África ecuatorial y Sudáfrica; Conferencia inaugural del Centre for African Studies, University of Cape Town, Education Building, Middle campus; miércoles 13 de mayo de 1998 (Traducción de cátedra; Historia de Asia y África Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. s/p.

²³Mamdani, M. (1998); op. cit.

²⁴Lander, E. (2000); op. cit.

²⁵Campos Serrano, A (2006); op. cit.

derecho a la libre autodeterminación de los pueblos. En ese sentido, a pesar de que Estados Unidos había intentado participar activamente en la colonización de los continentes hacia finales del siglo XIX, será durante el siglo XX cuando pondrá en marcha un “sistema más abierto de imperialismo sin colonias”.²⁶ Sintetizando, luego de la Segunda Guerra Mundial, presenciamos la emergencia del imperialismo norteamericano como una nueva hegemonía política, económica, ideológica y cultural a escala global.²⁷ Sin embargo, como afirma Anthony Smith, citado por Edward Said,

estamos empezando a aprender que la descolonización y el auge de los supranacionalismos no supusieron el fin de las relaciones imperiales sino, simplemente, la extensión de la telaraña geopolítica que se ha estado urdiendo desde el Renacimiento.²⁸

En el África post-colonial, como manifiesta Campos Serrano, se producirá una diversidad de situaciones violentas, muchas veces favorecidas por la complicidad de las ex-colonias con los gobiernos locales.²⁹ Así, se propiciarán golpes de Estado y dictaduras militares en Kenia, rebeliones como en la ex Zaire —actualmente Congo—, conflictos como los de Angola, Somalia, Sudán y el genocidio de Ruanda. Asimismo, la dependencia política y económica de los países del continente africano —muchos de los cuales respetaron las demarcaciones fronterizas heredadas de la época colonial— continuará aún luego del proceso de descolonización, por lo que, si bien a fines de la década de 1960 ésta se había concretado en gran parte de los territorios colonizados, el desarrollo nacional, político y económico no se alcanzaría nunca en los países del tercer mundo.³⁰

²⁶Harvey, D. (2007); *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

²⁷Filkielkraut, A. (1982); *La nueva derecha norteamericana*. Barcelona: Anagrama. Wallerstein, I (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.

²⁸Said, E. (1996); op. cit. p. 450

²⁹Campos Serrano, A. (2006); op. cit.

³⁰Wallerstein, I. (1996); op. cit.

Wesseling, H. (1999); *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)*. Barcelona: Península.





Campos Serrano dirá que “la dependencia es por tanto una característica de la inserción del continente en el sistema mundial, pero también una estrategia de supervivencia de los gobernantes africanos”³¹ dado que éstos utilizarán su posición intermediaria con las potencias extranjeras como instrumento político y económico para obtener beneficios y participar en el poder local. La relación desigual que se irá configurando entre los Estados centrales fuertes y los Estados periféricos débiles conducirá a una situación en la cual los primeros controlan las condiciones de acumulación y dominio del capital a nivel global y los últimos sólo garantizan la dominación política interna de las clases, sin controlar la acumulación local. En ese sentido, los países periféricos se transformarán en

instrumento del ajuste de la sociedad local a las exigencias de la acumulación mundializada, que está determinada en sus direcciones de evolución por la de los centro desarrollados. El subdesarrollo de unos países es producto del desarrollo de los otros.³²

En ese contexto de nuevas formas imperiales, ¿qué sucedió con las relaciones identitarias en Ruanda? Mientras avanzaban las negociaciones en Bélgica para concretar la independencia y se redefinía el antiguo sistema de dominación internacional, una parte de los hutus consiguieron organizarse en una contra-élite integrada por hutus radicales, quienes encabezan la “revolución del 59”, adquieren posiciones de poder con el apoyo del gobierno belga y reclaman para sí como prioridad los puestos estatales y educativos. Ese año estalla una guerra civil que provoca el comienzo de numerosas matanzas de tutsis, además de la migración de miles de ellos hacia países limítrofes como Uganda. La independencia recién se realizaría en 1962.³³

³¹Campos Serrano, A (2006); op. cit. P. 67

³²Amin, S. (1989); op. cit. P. 201

³³Mamdani, M. (1998); op. cit.

La diáspora de los Tutsis. Líderes políticos hutus en la planificación de las matanzas masivas.

¿Globalismos localizados o localismos globalizados?

Autores como Lemarchand, Newbury, Gourevitch y Power³⁴ citando fuentes documentales, describen cómo las masacres de 1994 en Ruanda fueron previamente planificadas desde el gobierno por los servicios de seguridad presidencial. Newbury expresa además que “en esta comunidad global interdependiente, occidente ayudó a crear las condiciones para que ocurrieran tales horrores. Y se marchó cuando lo hizo”.³⁵ El hecho de estar planeadas con anterioridad e interconectadas con diversos actores nacionales e internacionales, nos obliga a seguir analizando la situación desde una perspectiva holística y relacional.

Decíamos antes que con la revolución del 59 y la asunción al poder por parte de los hutus a través del Movimiento Nacional para la Revolución y el Desarrollo (MNRD), miles de tutsis migraron hacia países vecinos como Uganda. En 1972 se lleva a cabo un golpe de Estado producido por el régimen militar de Juvenal Habyarimana que derroca al gobierno civil anterior y crea, hacia 1975, el MNRD. Habyarimana gobierna hasta principios de la década del 1990. Cabe destacar que la irrupción del régimen militar se inscribe en un contexto más amplio de golpes de Estado que se estaban desplegando en otros países del Tercer Mundo, apoyados en muchos casos por Estados Unidos.³⁶ En varios de ellos, incluida Ruanda, se impulsará la implementación de programas de desarrollo nacional. Newbury³⁷ describe cómo durante los primeros años del gobierno de Habyarimana se alentó el desarrollo de obras de infraestructura para transportes, edificación de escuelas y centros de atención para la salud.

³⁴Gourevitch, P (1999); *Queremos informarle que mañana seremos asesinados junto con vuestras familias. Historias de Ruanda*. Barcelona: Destino. Lemarchand, R. (1995); op. cit.
Newbury, C. (1995); op. cit. Power, S. (2005); *Problema infernal: Estados Unidos en la era del genocidio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

³⁵Newbury, C. (1995); op. cit. s/p.

³⁶Harvey, D. (2004); *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

³⁷Newbury, C. (1995); op. cit.





David Harvey³⁸ señala que este contexto nacional se inscribe en un proceso más global que se inicia con la suba del precio del petróleo, hacia 1973. Las enormes masas de petrodólares se reciclan a través de los bancos de inversión de Nueva York que pasan a partir de ese momento a centrar su actividad en el préstamo de capitales a gobiernos de países en vías de desarrollo. Estos son estimulados a solicitar créditos en abundancia para invertir en el desarrollo de sus países lo que conduce al crecimiento de sus deudas externas. Pero a mediados del decenio de 1980, Ruanda sufre un proceso de empobrecimiento afectada por una crisis en el sector agrícola productor de café, principal producto de exportación, lo que aumenta los niveles de pobreza y la brecha entre ricos y pobres. Al igual que en América Latina, en la década del 90 se aplicarán medidas económicas sugeridas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, como la devaluación de la moneda, que conllevan una cadena de transformaciones desfavorables en la vida cotidiana de los ruandeses por la caída de los ingresos y el aumento de los precios de los bienes de consumo. Asimismo, los organismos internacionales de crédito imponen otras medidas neoliberales, como la privatización de los servicios de salud y educación, con el argumento que había que “compartir más los costos”.³⁹ La crisis agrícola y las medidas implementadas conducen a un aumento de la marginación y de los conflictos sociales. Tal como lo describe Harvey en términos globales,

en la década del 80 el FMI y el Banco Mundial se convirtieron en centros de propagación y ejecución del fundamentalismo del libre mercado y de la ortodoxia neoliberal. A cambio de la reprogramación de la deuda, a los países endeudados se les exigía implementar reformas institucionales, como recortar el gasto social, crear legislaciones más flexibles para el mercado de trabajo y optar por la privatización. He aquí la invención de los ajustes estructurales.⁴⁰

³⁸Harvey, D. (2007); op. cit.

³⁹Newbury, C. (1995); op. cit.

Anderson, P. (1999). Neoliberalismo: un balance provisorio. En Sader, E y Gentili, P. *La trama del Neoliberalismo*. Buenos Aires: Eudeba.

⁴⁰Harvey, D. (2007); op. cit. p. 36.

En Uganda, 30 años más tarde, los descendientes de la diáspora de refugiados —que se habían ido luego de la revolución del 59—, organizarán el Frente Patriótico Ruandés (FPR), movimiento que retornará al país en 1990 y que obligará al presidente Juvenal Habyarimana a una apertura al diálogo y a las negociaciones. Finalmente, en 1993 se firma un acuerdo de paz en la ciudad de Arusha, en el vecino país de Tanzania. Pero aun así, ya desde 1990 la ONU estaba al tanto de la posibilidad de un genocidio dado el aumento de asesinatos tutsis. Y la CIA, en 1993, también contaba con informes donde se advertía esa posibilidad.⁴¹

El acuerdo de Arusha aceptó la legitimidad del multipartidismo, o sea, la participación en el poder de los tutsis, de los opositores hutus y de las fuerzas armadas en el poder, lo que permitió también, con la presencia de la ONU, frenar la guerra civil que se desarrollaba entre el FPR y el ejército de Ruanda desde 1990⁴². Sin embargo, ese pacto sería rechazado por los hutus extremistas —“duros o radicales”—, quienes empezaron a acopiar armamentos, granadas y machetes.⁴³ Por otro lado, según lo describe Newbery,⁴⁴ ese acuerdo había sido rechazado por los extremistas hutus por tres motivos. En primer lugar, porque los hutus duros objetaban las mayores concesiones otorgadas al FPR que de los 20 ministerios recibirían 5. También, porque la fusión de los ejércitos ruandés/hutu y FPR/tutsi generaba un clima político de tensión, dado que implicaba la desmovilización y despido de soldados hutus. Finalmente, el pacto preveía el regreso de los refugiados porque ponía en debate la distribución y tenencia de las tierras. En consecuencia, desde febrero de 1993 comenzarían a desplegarse acciones planificadas por este grupo para matar civiles tutsis. Por otra parte, también en 1993, en la vecina Burundi será asesinado su primer presidente hutu, Melchior Ndadaye, a manos del ejército tutsi, lo que acrecentó el clima tenso en la

⁴¹Power, S. (2005); op. cit.

⁴²Newbury, C. (1995); op. cit.

⁴³Power, S. (2005); op. cit.

⁴⁴Newbury, C. (1995); op. cit.





región poniendo en riesgo el acuerdo de Arusha. ⁴⁵Finalmente, el 6 de abril de 1994 será derribado en las cercanías de Kigali el avión donde viajaba Habyarimana, atentado que fue respondido con una serie de matanzas que incluía a los tutsis pero también a los hutus moderados.

Occidente en el genocidio ruandés y los medios masivos de comunicación: entre la construcción local y la reproducción global

Decíamos al comienzo que los medios masivos de comunicación estadounidenses —por ejemplo, *Issue*, *Nightline* y *Sixty Minutes*—construyeron la noticia del genocidio no como tal sino como la emergencia de conflictos tribales enraizados en tiempos ancestrales, aduciendo que serían pasajeros como ocurriera en otras oportunidades. Desde esa construcción intencional de los acontecimientos, Said señala cómo “además que los medios de comunicación son exportados fuera del ámbito norteamericano, en lo doméstico sirven para mostrar a la audiencia nacional culturas extranjeras, raras y amenazadoras”. ⁴⁶ Mientras tanto los medios locales en Ruanda, entre ellos la Radio Mil Colinas —*MilleCollines*—, instaban a los ciudadanos, a participar activamente en las matanzas, al tiempo que emitían los listados de muertos y se informaban los domicilios y las placas de los automóviles no sólo de tutsis sino también de hutus moderados. ⁴⁷ Como sostiene Power,

las listas de víctimas se prepararon con antelación. La Radio MilleCollines transmitía nombres, direcciones y matrículas de autos tutsis y hutus moderados. Del 7 de abril en adelante, el ejército al mando de los hutus, la gendarmería y las milicias obraron en conjunto para exterminar a los tutsis de Ruanda. ⁴⁸

⁴⁵Lemarchand, R. (1995); op. cit.; Power, S. (2005); op. cit.

⁴⁶Said, E. (1996), op. cit. p. 451.

⁴⁷Lemarchand, R. (1995); op. cit.

Newbury, C. (1995); op. cit.

⁴⁸Power, S. (2005); op. cit. p. 411

Desde esa lógica, la elección de las víctimas no se basaba en criterios étnicos sino políticos.⁴⁹ Desde los medios de comunicación se propició la eliminación de tutsis y de los hutus moderados que se negaran a matarlos o los protegieran. Como expresa Coello⁵⁰, la particularidad del genocidio en Ruanda radica en la masiva participación de los civiles en los asesinatos, muchos de ellos perpetrados con armas de filo caseras y machetes. Las armas de fuego fueron escasamente utilizadas. Esos mismos medios de comunicación imputaron al FPR el ataque del avión donde viajaba Habyarimana, acusación que resultaba conveniente para dar inicio a los ataques por parte de los hutus extremistas.⁵¹ Como lo expresa Lamarchand,

hay razones claras para ver el ataque al avión como un acto eminentemente racional desde el punto de vista de los objetivos inmediatos de los extremistas hutus. En Kigali, la matanza de las figuras de la oposición, tanto tutsis como hutus moderados, comenzó momentos después del asunto del avión, en base a listas preestablecidas.⁵²

Así lo describe Power, quien sostiene que “los hutus utilizarían el incidente del avión como pretexto para comenzar las matanzas. Enseguida se persiguió a los promotores del pacto de paz entre hutus y tutsis”.⁵³

Sobre la planificación previa de las matanzas, diversos autores coinciden en que esto fue así, acotando que algunos organismos internacionales —como la ONU y el Pentágono— estaban alertados desde 1993. El planeamiento de los asesinatos, agregan, se gestó y difundió desde el mismo gobierno, con la complicidad del poder presidencial. En ese sentido, Newbury sostendrá que

⁴⁹Lamarchand, R. (1995); op. cit.

⁵⁰Coello, I. (2002); op. cit.

⁵¹Newbury, C. (1995), op. cit.; Power, S. (2005); op. cit. p. 411

⁵²Lamarchand, R. (1995); op. cit.

⁵³Power, S. (2005); op. cit. p. 409.





las masacres fueron planeadas. Aunque generado a nivel de Estado, el genocidio fue guiado mayormente por los militias, la Interahamwe (asociado con el partido gobernante, MRND) y el Impuzamugambi (asociado con el partido CRD, un aliado duro y extremista del MRND). Estas unidades trabajaron juntas con y fueron dirigidas por la Guardia Presidencial, algunos elementos del ejército, varios gendarmes y, en muchos caso, autoridades administrativas civiles.⁵⁴

Sintetizando lo visto hasta ahora, se vislumbra un planeamiento previo de las matanzas de tutsis y hutus moderados por parte de la Guardia Presidencial en complicidad con los medios de comunicación locales como instigadores de odios raciales y la colaboración de los medios de prensa norteamericanos, que distorsionaron las características del conflicto al presentarlo como una forma tribal de enfrentamiento. El resultado fue una matanza masiva en poco tiempo: *se calcula un millón de muertos en tres meses.*

¿Por qué en los medios estadounidenses no se caracterizaron los acontecimientos en términos de genocidio? ¿Qué acciones implementaron los organismos internacionales para frenar las matanzas? ¿Cómo intervino Estados Unidos en el proceso?

Diversos autores como Newbury, Lemarchand, Power, y Gourevitch⁵⁵ coinciden en que Estados Unidos se mantuvo intencionalmente al margen de los acontecimientos, aún a sabiendas de lo que ocurría e influyendo sobre las decisiones de la ONU, la cual, por su parte, no sólo no acrecentó su presencia sino que retiró a la mayoría de los soldados, dejando sólo unos 450. Esta reducción resultó significativa puesto que, según lo explicó el encargado de la misión de paz de la ONU en Ruanda, General Dallair, un refuerzo de 5000 soldados hubiera incidido en la disminución de las matanzas, pues los hutus no asesinaban en presencia de extranjeros. Por su parte, los países

⁵⁴Newbury, C. (1995), op. cit. s/p.

⁵⁵Gourevitch, P. (1999); op. cit.; Lemarchand, R (1995), op. cit.; Newbury, C (1995), op. cit.; Power, S. (2005), op. cit.

Europeos, como Bélgica, España, o Alemania se limitaron a rescatar a sus compatriotas que residían en Ruanda, principalmente Bélgica luego de que 10 de sus cascos azules fueran asesinados en los primeros días del comienzo del genocidio. Ese asesinato, según la interpretación de Power tenía un mensaje claro para los hutus. En sus palabras,

al retirarse Estados Unidos de Somalia, tras la muerte de 18 de sus soldados, los atacantes hutus creyeron que esta masacre provocaría una retirada belga. Y así sucedió... En el Pentágono, la noticia de la masacre de los belgas se veía como la confirmación de que la misión de la ONU en Ruanda pasaba de “una Somalia en potencia” a una” Somalia en cumplimiento.⁵⁶

La cuestión de Somalia no era un detalle menor porque se trataba de un conflicto que todavía estaba presente en la comunidad norteamericana e internacional y sería traído en los debates sobre Ruanda como una de las justificaciones para que Estados Unidos decidiera no intervenir.

Para comprender la resistencia de los organismos internacionales a denominar las matanzas en términos de genocidio tenemos que remontarnos a los tiempos posteriores a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, al año 1948, momento en que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba la resolución 260A (III), referida a la Convención sobre la Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio, que obligaba a las partes contratantes a “hacer todo lo necesario para prevenir y castigar... actos cometidos con intención de destruir, en su totalidad o en parte, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso”.⁵⁷ Esa convención exigía que las partes contratantes actuaran para frenar las muertes sistemáticas y, dado que Estados Unidos no deseaba interferir, la administración de Bill Clinton prohibió el empleo de la palabra

⁵⁶Power, S. (2005); op. cit. p. 410.

⁵⁷Gourevitch, P. (1999); op. cit. p.171.





genocidio.⁵⁸ Emulando a Said, una vez más, “Norteamérica sigue intentando imponer en todo el mundo sus puntos de vista sobre la ley y la paz”.⁵⁹ Finalmente, hacia julio de 1994 se enviaron algunas tropas con varios contratiempos logísticos en el medio, pero para ese tiempo la mayoría de los tutsis ya habían sido eliminados mientras los hutus cambiaban de estrategia huyendo hacia los países limítrofes como refugiados, lo cual distorsionaba aún más la complejidad del genocidio puesto que se prestaba a confusiones sobre sus ejecutores. Sería interesante profundizar este aspecto pero excede los objetivos del presente trabajo.

Para resumir el rol de Occidente y el papel de los medios de comunicación, me gustaría presentar una cita de Power, aún cuando es extensa

el genocidio de Ruanda es la matanza más rápida y eficiente del siglo XX. En 100 días fueron asesinadas 800000 tutsis y hutus moderados. Estados Unidos no hizo prácticamente nada para detenerlo. Antes de la caída del avión del 6 de abril, ignoraron una y otra advertencia sobre la inminente violencia. Cuando comenzaron las masacres, el gobierno de Clinton no sólo omitió enviar tropas a Ruanda, tampoco empleó su fuerza tecnológica para interferir e inutilizar la Radio MilleCollines. Lo que sí hizo el gobierno estadounidense tuvo consecuencias fatales. Washington exigió que salieran de Ruanda las fuerzas de paz de la ONU y después se negó a autorizar el despliegue de refuerzos. Con el recuerdo de Somalia muy presente, y al no escucharse en el país exigencias para intervenir, el presidente Clinton y sus asesores sabían que el riesgo político y militar de involucrarse en un conflicto sangriento en África Central era demasiado grande y, por el contrario, no costaba nada desentenderse por completo de Ruanda.⁶⁰

⁵⁸Power, S. (2005); op. cit.

⁵⁹Said, E. (1996); op. cit. p. 442.

⁶⁰Power, S. (2005); op. cit. pp. 412-413

Consideraciones finales

A lo largo del artículo se intentó comprender cómo los procesos locales y más amplios a nivel regional y global producidos en *el largo* siglo XX, fueron configurando la emergencia del genocidio en Ruanda, recuperando para ello los múltiples actores intervinientes en la construcción de las relaciones identitarias entre tutsis y hutus, no sólo nacionales sino también extranjeros. A su vez pudimos observar cómo la reproducción de los sucesos en los medios de comunicación estadounidenses ocultó información y lo presentó como un conflicto tribal, desligándolo de su contexto histórico. Esa reproducción, como se apreció en los últimos apartados, se relaciona con las discusiones en torno a la intervención o no de Estados Unidos y la ONU en Ruanda, y los debates en relación al uso del concepto genocidio, palabra que fue evitada por el compromiso de actuar que implicaba su enunciación dadas las obligaciones asumidas en 1948 en la Convención sobre la Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio aprobada por Naciones Unidas.

Nos queda por indagar sobre las razones de la no intervención de Estados Unidos en el genocidio de Ruanda. Aunque esta cuestión no fue abordada a lo largo del artículo, podríamos bosquejar algunos puntos. En la memoria de la sociedad estadounidense permanecían presentes los conflictos de Vietnam, Somalia y Camboya y Estados Unidos no deseaba asumir nuevos costos políticos. También es cierto que en la década del 90 la atención de Estados Unidos estaba concentrada en el Medio Oriente, pues desde 1945 tenía intereses geopolíticos en la región y a partir de 1980 comenzó a imponer su presencia militar directa.⁶¹ Desde esa perspectiva, Ruanda no ofrecía beneficios políticos y económicos relevantes como para intervenir.

⁶¹Harvey, D. (2004), op. cit.





Bibliografía

Amin, S. (1972). Subdesarrollo y dependencia del África negra, los orígenes históricos y las formas contemporáneas. En Barry, B; *Le royaume du Waalo. Le Sénégal avant la conquête coloniale* (Ficha de cátedra; Historia de la colonización y de la descolonización; Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras; Buenos Aires).

_____ (1989). *El eurocentrismo. Crítica a una ideología*. México: Siglo XXI.

Anderson, P (1999). Neoliberalismo: un balance provisorio. En Sader, E y Gentili, P. *La trama del Neoliberalismo*. Buenos Aires: Eudeba.

Aron, R. (1976). *La república imperial*. Madrid: Alianza.

Campos Serrano, A. (2006). Política poscolonial al sur de Sahara; en Alberdi, J et al. *África en el horizonte. Introducción a la realidad socioeconómica del África Subsahariana*. Madrid: De la Catarata.

Chabal, P. (2007) Las políticas de la violencia y conflicto en el África contemporánea. En *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, N° 6, Universidad Autónoma de Madrid.

Coello, I. (2002). Justicia popular en Ruanda. En *Revista Papeles de Cuestiones Internacionales* N° 80, pp. 105-114.

Cuché, D. (2007). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

Filkielkraut, A. (1982). *La nueva derecha norteamericana*. Barcelona: Anagrama.

Gourevitch, P. (1999). *Queremos informarle de que mañana seremos asesinados junto con nuestras familias. Historias de Ruanda*. Barcelona: Destino.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

Hobsbawm, E. (1989). *La era del Imperio (1875-1914)*. Barcelona: Labor
_____ (1995). *El Siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Kennedy, P. (1990). *Auge y caída de las grandes potencias*. Madrid: Plaza y
Janés.

Lander, E. (2002). Saberes coloniales y eurocéntricos. En Lander, E (comp). *La
colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires:
Clacso.

Lemarchand, R. (1995). Ruanda, la racionalidad del genocidio. En *Issue. A
journal of opinion*. Vol. XXIII/2 (Traducción de cátedra; Historia de Asia y África
Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras).

M'bokolo, E. (1997). La agonía de una dictadura. En Revista *Le Monde
Diplomatique*. Julio de 1997. (Traducción de la cátedra de Historia de Asia y
África Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y
Letras).

_____ (2000) El África central. En M'bokolo, E (1985). *L'Afrique au XXe.
siècle*. Paris: Seuil (Ficha de cátedra; Historia de Asia y África
Contemporáneas; Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras)
Mamdani, M (1998). *Ciudadano y súbdito. El legado del colonialismo en el
África contemporánea*. México: Siglo XXI.

Mamdani, M. (1998). ¿Cuándo se convierte un settler en nativo? Reflejos de las
raíces coloniales de la ciudadanía en África ecuatorial y Sudáfrica; Conferencia
inaugural del Centre for African Studies, University of Cape Town, Education
Building, Middle campus; miércoles 13 de mayo de 1998 (Traducción de
cátedra; Historia de Asia y África Contemporáneas, Universidad de Buenos
Aires, Facultad de Filosofía y Letras).

Newbury, C (1995). Background del genocidio: Rwanda; en *Issue. A journal of
opinion*. Vol. XXIII/2 (Traducción de cátedra; Historia de Asia y África
Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras).

Power, S. (2005). *Problema infernal: Estados Unidos en la era del genocidio*.
Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.





Said, E. (1996). *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Anagrama.

Vidal, C. (1985). Situations ethniques au Rwanda. In Amselle J. and M'bokolo. *Au cœur de l'ethnie. Ethnie, tribalisme et état en Afrique*. Paris: La Découverte/poche; pp.167-184 (Traducción de cátedra; Historia de Asia y África Contemporáneas, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras).

Wallerstein, I. (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.

Wesseling, H. (1999). *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)*. Barcelona: Península.

Zemelman, H. (2005). *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*. Barcelona: Editorial Anthropos (en co-edición con la Universidad de Chiapas, México).